



Ciencia y Cultura

ISSN: 2077-3323

cultura@ucb.edu.bo

Universidad Católica Boliviana San Pablo
Bolivia

Ramos Gavilán, Alonso; Claros Arispe, Edwin
Llegada de uno de los discípulos del Redentor al Nuevo Mundo. La Santa Cruz de
Carabuco (1621)
Ciencia y Cultura, núm. 27, noviembre, 2011, pp. 105-128
Universidad Católica Boliviana San Pablo
La Paz, Bolivia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=425839840005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Llegada de uno de los discípulos del Redentor al Nuevo Mundo. La Santa Cruz de Carabuco (1621)

Alonso Ramos Gavilán

Resumen:

Este documento del padre Alonso Ramos Gavilán describe dos hechos religiosos importantes del proceso de evangelización de la región andina: la entronización de la cruz de Carabuco y la tradición de la presencia de un discípulo de Cristo, Tunupa.

Palabras clave: Carabuco, Cruz, Tunupa, Titicaca.

Abstract:

Father Alonso Ramos Gavilán's writing describes two main religious events in the evangelization process of the Andean region. One is the Carabuco Cross enthronization and the other is the tradition of Tunupa, an Andean Christ disciple.

Key words: Carabuco, Cross, Tunupa. Titicaca

Noticia previa

Alonso Ramos Gavilán es autor de la *Historia del celebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana, y sus Milagros, è Invencción de la Cruz de Carabúco. Con licencia en Lima, Por Geronymo De Contreras, Año 1621*. En los capítulos VII a XI nos informa de tradiciones recogidas sobre “un hombre jamás visto otra vez predicando al verdadero Dios”. Ramos Gavilán comparte la hipótesis de que a esta parte del Nuevo Mundo pasó “alguno de los discípulos del Maestro” (p.27), “que predicaba al crucificado, diciendo las excelencias de la cruz, sus maravillas y el bien que por ella habían alcanzado los hombres, y que de ella huyan los demonios” (p. 33). La cruz del discípulo tomó luego el nombre de “la Cruz de Carabuco”, porque el lugar donde el madero del crucificado acalló a los demonios fue en la localidad de Carabuco.

Alonso Ramos Gavilán, criollo peruano nacido en San Juan de la Victoria de Huamanga, hacia el año de 1570 (Espinoza 1972)¹, fue sacerdote agustino. Estudió en el Colegio Real de San Martín de Lima. Ingresó al convento de San Agustín muy jovenzuelo, hizo su profesión religiosa en marzo de 1588 y, al siguiente año, su profesión solemne. Se ordenó sacerdote en Trujillo en 1593. Ramos Gavilán, como muchos frailes de su tiempo, se dedicó a doctrinar indios, examinar y estudiar las creencias religiosas nativas. Su conocimiento de las lenguas aymara y quechua y posiblemente de la lengua yunga o muchic le permitió conversar con indígenas ancianos e interrogarlos personalmente sobre sus ancestrales tradiciones.

Ramos Gavilán vivió en el convento agustino de Copacabana². No se dispone de datos cronológicos de su llegada y permanencia en él. Ramos afirma que se ocupó de doctrinar a los indios de Ayriguanca, provincia de los Omasuyus³ (p. 22); también menciona que el año 1618 los urus se amotinaron en el Desaguadero de Chacamarca⁴; en 1619 sí estuvo en Copacabana, porque recuerda y escribe en su libro que por el mes de octubre “vino a este Santuario en romería un hombre llamado Pedro de Landa” (pp.42-43).

De todas maneras, fue en el Santuario de Copacabana donde se compenetró aun más de la historia de los Incas, el mundo religioso andino, los rituales y las ceremonias prehispánicas, así como las tradiciones orales acerca de un santo

1 “... fruto de las relaciones ilegítimas de su homónimo Alonso Ramos Gavilán y de Luisa Díaz, ambos criollos, naturales asimismo, de Huamanga” (Espinoza, 1972).

2 Copacabana fue catequizado, al inicio, por los padres dominicos, de 1539 a 1574; por clérigos, de 1575 a 1583, y a partir de 1584 a 1654 por la orden de San Agustín.

3 Espinoza indica que esto ocurrió en 1616, año en que fue enviado al curacazgo de los Umasuyus (Espinoza, 1972).

4 Espinoza, como Berg (2003:35), sostiene que Ramos Gavilán habría llegado y se habría establecido en el convento agustino de Santa Ana de Copacabana a comienzos del año 1618. Copacabana por entonces era una reducción de urus y mitmas; su fundación hispano-indígena fue realizada en 1572 por Pedro Ortiz de Zárate.

predicador⁵, tan divulgadas en la zona. Visita las islas del lago, como la de Titicaca, dedicada al culto del sol; interroga a indios cristianizados sobre el santo nativo y sus milagros; revisa archivos y documentos conventuales. Ciertamente estuvo en Carabuco para averiguar sobre las huellas dejadas por el portador de la Cruz de Carabuco⁶. En los capítulos que dedica a este tema, Ramos nos presenta antiguas tradiciones sobre el apóstol anónimo y que los naturales le pusieron por nombre Tunupa, que quiere decir sabio y señor, o Taapac, hijo del creador. Su gran interés fue también la historia de la virgen de Copacabana. Para Ramos, la Virgen María y la Cruz son las reliquias “más eficaces” que Cristo había dejado, después de su cuerpo santísimo, para enjugar las lágrimas del mundo⁷.

En los cinco capítulos que se reproducen se puede constatar la riqueza de tradiciones prehispánicas:

- a) Capítulo VII. Llegada de uno de los discípulos de Cristo. Ramos argumenta este paso discipular con pasajes bíblicos, entre ellos: Deuteronomio 32,2; Isaías 60,8; Habacuc 3,8; Marcos 16,14-20; Mateo 9. Según la tradición indígena, el hombre que hacía grandes milagros y maravillas se llamaba Tunupa.
- b) Capítulo VIII. Predicación del discípulo, su muerte en la isla Titicaca y la forma en que fue arrojado a la laguna (la balsa con el cuerpo abre el río Desaguadero). Ramos argumenta con pasajes bíblicos y con tradiciones nativas antiguas, como las versiones de Cacha, Isla Titicaca, Copacabana, Chacamarca,
- c) Capítulo IX. La cruz de Carabuco. Un discípulo predica y planta la cruz; alguien quiere destruir la cruz; descubren la cruz escondida; descubren el tercer clavo. División de la cruz por la división del obispado.
- d) Capítulo X. Otra versión: un hombre alto en compañía de 5 ó 6 indios trae la cruz, martirio del santo acompañado por unas aves (ángeles). Ramos introduce referencias a otras tradiciones relacionadas con el santo, como las reliquias de la túnica, los zapatos, los pies, las rodillas, el bordón y las letras.
- e) Capítulo XI. Otras tradiciones sobre el santo discípulo. Apresan al santo, lo amarran a una balsa y lo arrojan a las aguas de la laguna; una señora hermosa libera al santo y lo acompaña, los indios los siguen y ven que la balsa con el santo y la señora entra por el Desaguadero; el santo no es visto nunca más. Ramos incluye otras tradiciones y referencias, como la cueva

5 Visitó San Pedro y San Pablo de Cacha, donde escuchó con interés relatos sobre el paso del Santo Discípulo y de la lluvia de fuego con que castigó a los indios del lugar.

6 “Sabemos, por datos existentes, -dice Espinoza- que el padre Ramos estuvo en el pueblo de Santiago de Carabuco en 1572” (Espinoza, 1972).

7 Idea de San Cipriano que Ramos recoge (Ramos, edición 1972:32): la Virgen de Copacabana y la Cruz de Carabuco son reliquias “pareadas”.

del santo en Puno o la fuente y letras en Carabuco. Este capítulo finaliza con los milagros de la cruz de Carabuco, tales como:

1. Una reliquia de la cruz de Carabuco que traía consigo una india la protege de ser violada, al provocar que un rayo mate al agresor.
2. La cruz de Carabuco, colocada y expuesta en público, propicia buenas cosechas.
3. La cruz de Carabuco evita el incendio del dormitorio del cura Bernabé Sedeño.
4. Una “medida”⁸ de la virgen de Copacabana y una cadena de la cruz de Carabuco protegen a un joven de 20 años de un disparo accidental de escopeta, salvándolo de la muerte. El joven era el hijo del cirujano de Juli. “Vimos las señales”, dice Ramos. Ocurrió el año 1618.
5. Unas “medidas” de la virgen y la cruz de Carabuco amparan a un hombre de truenos y rayos durante una tempestad. “Yo doy fe que vi la ropilla de este hombre”, afirma Ramos. Fue el año 1619.
6. El demonio no quiere dejar el cuerpo de mujer endemoniada. Un agustino hace exorcismo y el demonio pasa al cuerpo de un muchacho indio que tenía la cruz en las manos. Ocurrió a fines de abril de 1617, en un pueblo de los aymaras del obispado de Cuzco (edición 1976: 26).

En este capítulo XI Ramos indica que, de acuerdo a la investigación del cura de Carabuco, Bernabé Sedeño (en 1618 o 1619), el Tunupa indígena era el nombre de un mago o hechicero contrario y adversario del santo discípulo, y que los indígenas empezaron a acomodar el nombre de Tunupa al santo portador de la cruz.

Años antes, en 1602, desde la residencia jesuítica de Juli se informa sobre dos personajes: Tuñupa y Jesucristo. La idea que circulaba entre los indígenas aymaras de la región era que “Jesucristo fue un Dios, que sus antepasados llamaban Tuñupa” y los más viejos “le llamaban Jesucristo Tuñupa, con lo cual han persuadido a muchos [a] que adoren a Tuñupa en lugar de Jesucristo”. Esta lectura y reacomodamiento no se trata solamente de los nombres de los personajes, sino también de otras categorías. Se incorpora a la tradición nativa el nacimiento de Tuñupa de una virgen, su muerte en la cruz, su resurrección y su subida al cielo. Sin embargo, el relato de Juli conserva un cuerpo mitológico prehispánico que corrobora y/o amplía otras tradiciones míticas lacustres. Cabe recalcar que solamente en la versión de Juli se ha conservado el nombre de un dios creador y su joven esposa: Puçica’ka e Iqui. Ludovico Bertonio al parecer tuvo conocimiento de esta tradición, porque en su vocabulario rescata los nombres de (Dios) Tunuupa y Pusicaka (Yllapu, Santiago, trueno, rayo).

8 Cinta en la que se puede estampar la figura y las letras del nombre de una imagen con plata u oro; se usa para devoción.

En la sección anexos se reproduce el texto completo del informe de la Carta Anua de 1602.

En esta misma revista se reproduce el artículo de Adolfo Bandelier “La cruz de Carabuco en Bolivia”, en el que el autor cita algunas partes del informe de Ramos Gavilán. La lectura de este texto de Alonso Ramos Gavilán da un panorama más amplio sobre la cruz de Carabuco.

Otras ediciones de la obra de Alonso Ramos Gavilán, donde se cuenta con los capítulos dedicados al discípulo del Redentor: además de la primera publicación príncipe, en 1621, se tiene las reediciones de 1976 y de 1988. La reedición de 1976 fue preparada por la Academia Boliviana de Historia y publicada por la Cámara Nacional de Comercio y la Cámara Nacional de Industrias de Bolivia. La segunda reedición (transcripción, notas e índices) fue preparada por Ignacio Prado Pastor y publicada en Lima, en 1988.

Referencias

1. **Berg**, Hans van den. “Los milagros de la virgen de Copacabana en las obras de los agustinos Alonso Ramos Gavilán y Antonio de la Calancha”. En: Anuario de la Academia Boliviana de Historia Eclesiástica. Cochabamba, 8, 2002, (2003): 33-68.
2. **Claros Arispe**, Edwin. “Tunupa-Apóstol. Encuentros y desencuentros entre el discurso mítico y el discurso teológico”. Antología de textos. (Tesis de Licenciatura) Cochabamba, UCB, 1986.
3. **Egaña** Antonio de y Enrique **Fernández**. Monumenta Peruana. VIII (1603-1604). Roma: Monumenta Historica Societatis Iesu, vol. 128. 1986.
4. **Espinoza Soriano**, Waldemar. “Alonso Ramos Gavilán. Vida y obra del cronista de Copacabana”. En: Historia y Cultura [Lima], N° 6, 1972: 121-194.
5. **Mateos**, F. (editor). “Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú. Crónica Anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de habla española en la América Meridional”. Edición preparada por F. Mateos, S.I. Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, vol. I, tomo II. Relaciones de Colegios y Misiones, 1944.
6. **Ramos Gavilán**, Alonso. Historia de Nuestra Señora de Copacabana⁹. Segunda edición completa, según la impresión príncipe de 1621. La Paz, Cámara Nacional de Comercio, Cámara Nacional de Industrias, 1976.
7. ---“Historia del Celebre Santuario de Nvestra Señora de Copacabana, y su Milagros, è Inuencion de la Cruz de Carabuco”. Con licencia en Lima; por Geronymo De Contreras. Año 1621.
8. ---“Historia de Nuestra Señora de Copacabana”. Lima: Ignacio Prado Pastor, 1988.

Dr. Edwin Claros Arispe

9 Este título no tiene correspondencia con el título original.

Llegada de uno de los discípulos del Redentor al Nuevo Mundo. La Santa Cruz de Carabuco

CAPÍTULO VII

DONDE CON ALGUNOS LUGARES DE LA SAGRADA ESCRITURA SE PRUEBA HABER PASADO A ESTAS PARTES UNO DE LOS DISCÍPULOS DEL REDENTOR

Por casi inmemorial tradición tienen los Naturales de este Perú, en especial los Serranos, que anduvo en el un hombre jamás visto otra vez, predicando al verdadero Dios, y no pondría yo en duda que pasase en estas partes alguno de los Discípulos del Maestro de la vida, pues todas las del orbe gozaron de este bien. Y de los Santos Apóstoles y Discípulos de Cristo, Señor nuestro, se entiende aquel lugar de Isaías: “Qui isti, qui ut nubes volant?” (Isai. 60). Quién son estos que vuelan como nubes? La doctrina Evangélica se compara a la nube, que riega la tierra. Y así el Santo Moisés comparando su doctrina a la nube dijo en el Deuteronomio: “Crezca mi doctrina como la lluvia, y mi palabra se derrame como el rocío”. (Deut. 32). Porque los santos Apóstoles fueron nubes que se comenzaron a levantar del mar de Galilea y aunque de pequeño principio, como las nubes, que se hacen de los vapores, ellas son las que truenan, y disparan rayos, ellas las que llueven, y fertilizan la tierra. Así los Apóstoles y Discípulos de Cristo Señor nuestro, aunque humildes pescadores ellos espantaron el mundo y lo regaron, fertilizándole con su vida, ejemplo y doctrina maravillosa. (Isa. 60). Fueron como palomas que trajeron a la Iglesia otras infinitas almas, y de los Santos Apóstoles y Discípulos de Cristo nuestro bien se entiende aquel verso de David: “In omnem terram exivit sonus eorum”. (Pf. 18). En toda la redondez de la tierra y allá en los últimos fines, y términos de ella, se oyeron sus palabras, que viene muy bien con aquel precepto del mismo Señor, que les mandó como consta del capítulo último de San Marcos, que fuesen por todo el mundo y predicasen el Santo Evangelio, (Mar. cap. último). “Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae”. Y aquel lugar del Profeta Abacuc, también se entiende de Cristo, y de sus Santos Discípulos: “Ascendes super equos tuos, & quadrigae tuae salvatio” (Abac. 3). Subirá Dios, dice el santo Profeta Abacuc, sobre sus caballos, y sus carrozas llevarán la salvación del mundo. Explicando aqieste lugar el glorioso San Ambrosio dice: “Agitavit Christus Apostólos suos, quos diversa mundi direxit, ut toti orbi Evangelium praedicarent”. Enderezó Cristo a sus Apóstoles, a diversas partes del mundo para que en todas ellas predicasen su Santo Evangelio. Y supuesto esto, tengo por cosa cierta haber pasado a estas partes

uno de los Discípulos. Si bien leemos de los Hunos y Godos que habitaban allá en el mundo ignoto e inaccesible, de esa otra parte de la laguna Meotis que no les faltó la providencia Divina, pues el día que el Redentor del mundo nació, todos los ídolos de aquella región, a voces publicaron era nacido el Rey de paz, en medio del mundo; casi como llevando los tenores a los Angeles, que en Palestina habían entonado este mismo motete. “Gloria in excelsis Deo”. Por lo cual los Hunos y los Godos dejadas aquellas tierras, hicieron de sus gentes dos gruesos ejércitos sobre sus heladas aguas, y llegaron al fin donde recibieron las del santo Bautismo.

Lo primero se escribe pasó en tierra de Etiopía, y por ventura alude a esto lo del Poeta Virgilio: (AE ne. 6). “Huius in adventum, ima nunc, & Caspia regna Responsibus horrent Divum, & Meotica tellus”.

Suidas, autor grave refiere, que habiendo Otaviano Augusto Cesar puesto fin a las guerras, estando todo el mundo en gran quietud, y paz, cerradas las puertas de Jano, ofreció un solemne sacrificio al oráculo Delfico, de cien bueyes, que llamaban hecatombe, y otros muchos animales, consultando al Dios Apolo sobre quién le había de suceder en el Imperio. Y no le queriendo responder, tornó de nuevo el Emperador al sacrificio, y preguntándole por qué no le respondía, compelido ya a pesar suyo, vino a decir:

“Me puer Hebraeus Deus, Déos ipse gubernans.
Cederé sede iubet, tristem que reddire sub orcum.
Aris ergo de hinc tacitis obscedite nostris” (Nicephoro, cap. 17).

“Un niño, que su nación
Es Hebrea, y a mis Dioses
Los gobierna y manda a coces
Me tiene puesto en prisión.
Derribome cual me veis,
y al fuego voy vivo y crudo,
Ya jamás me preguntéis,
Que soy oráculo mudo”.

De más de que el Apóstol San Pablo prueba haber sonado la voz Evangélica en toda la tierra. Para lo cual alega al salmista, donde entendiéndolo, según exposición de San Gregorio sobre San Juan. (Homi 30. cap. 14). A los Santos Discípulos. En el nombre de cielos, dice, que sonó su voz en toda la tierra, sin que quedase Provincia donde no llegase la virtud de su poder y fama, ni parte tan desierta y estéril, que no la fertilizase su doctrina. Que esto pretendió Cristo persuadir a sus Discípulos, llamándolos luz del mundo. Luego bien se debe entender haber llegado en estas partes, y ser así, pues tan consonante es a esto, lo que entre los Indios se trata, de que se vio un hombre nuevo y jamás otra vez visto, el cual hacía grandes milagros y maravillas, por lo cual le pusieron por nombre (según afirman algunos Indios antiquísimos) Tunupa, que es lo mismo

que decir gran Sabio, y Señor. (Math. 9). Pues aqueste glorioso Santo por su predicación fue perseguido y finalmente martirizado de la manera que se sigue.

CAPÍTULO VIII QUE SE PROSIGUE LA MISMA MATERIA QUE EN EL CAPÍTULO PASADO

De creer es, que el Santo Discípulo trabajó en el ministerio de su predicación lo posible, y que vista la mucha mies, los pocos obreros, y el menos fruto que hacía, traería quebrantadísimo el corazón y haciendo por instantes mensajeros al cielo, de ardientes suspiros, pediría la conversión de aquella descreída, bárbara y dura gente. Subiría de cuando en cuando en lo alto de los montes y puestos los ojos en la multitud de ánimas que el demonio poseía, derramando por ellas abundantes lágrimas, puesta, como otro Elías, la cabeza entre las rodillas y descubiertas las espaldas al cielo, con celoso pecho y encendida voz, diría: Si mis deméritos, Señor, impiden el fruto de vuestra divina palabra, aquí están las espaldas mías, lleva sobre ellas la disciplina de vuestra paz y sobre estas ciegas almas la luz y soberano resplandor vuestro. Mas, si esta hora, Señor, no es llegada, llegue ya siguiéndose vos, la que ha de poner quieto y dulce fin a mis cansados días. Y en conclusión enseñadme Dios mío, a que acierte a cumplir en todo vuestra voluntad, pues sois mi Dios y confío que vuestro buen espíritu me guiará por sendas no torcidas, llevándome siempre por derechos caminos, que bien lo he menester pues vivo en destierro tan apartado. (Psal. 142). Esta oración y otras semejantes hacía el Santo Discípulo, no cesando de predicar hasta que un día en pago de su deseo le quisieron apedrear en el asiento de Cacha, cinco o seis jornadas del Cuzco, camino del Collao, donde aun en este tiempo, según deponen los Naturales, se ven ciertas peñas abrasadas, dicen, que con fuego del cielo, que quiso vengar tan atrevida **desvergüenza y tamaña demasía**, dejando al Santo libre de aquellas sacrílegas manos, que tan atrozmente pretendían quitarle la vida. Pasó adelante el Santo varón, y saliendo a tierra del Collao, traía inquieto el pecho de un celoso deseo de ver aquel famoso altar y adoratorio que los Collas tenían en la isla Titicaca, y destruirle si pudiese, y por reparar aquel daño grande, pidió a Dios determinase en aquel caso, lo que más era en orden a su servicio. Y como le tenía su divina Majestad aparejada allí la corona (Danie. 14), y triunfos de sus trabajos, pareceme, que enviaría algún Ángel que como otro Abacuc, asiéndole de los cabellos lo pasase a aquel lago de leones y fieras de mayor ferocidad, que las que guardaban al Profeta, pues aquellas sin discurso, se rindieron y estas teniéndole se embravecían; que hombres, por mayores enemigos los tuvo el Rey Darío, cuando fiando a Daniel a los leones, juzgándolo seguro entre sus uñas, no se aseguró de los que le aborrecían y por eso selló la puerta de la leonera. “Obsignavit Rex annulo suo, nequid

fieret contra Danielem”. (Danie. 6). Y de aquí es que hay quien diga: Fio Dios del demonio la muerte de los primogénitos de Egipto, habiendo librado los demás castigos en la disposición de Moisés; porque los otros habían sido estragos generales y estos bien pueden fiarse del furor del hombre, pero esotros limitase a solos los primogénitos y el hombre no sabe hacer estragos con límite. No hay fiera tan formidable como un hombre, que a eso se enderezó aquel célebre proverbio entre los griegos: “Homo homini lupus”. Entre cuanta multitud hay en este reino de fieras estuvo defendiendo el Discípulo de Cristo, y entre los hombres, a quienes estaba haciendo bien, no pudo defenderse. Pues como estos Naturales dicen estando los Indios moradores de Titicaca con otros, que de la Provincia habían acudido a una gran fiesta y solemnidad del adoratorio del Sol, muy ocupados en los sacrificios, vieron, como que bajaba del cielo un hombre blanco y zarco, casi en el traje y vestido de que ellos usan. El cual por algunos días vivió allí y en este tiempo les predicó la creencia y culto debido a un solo Dios universal, Creador y causa primera de todas las cosas. Y visto el poco fruto que con esta verdad hacía y la dura obstinación en que se estaban, determinó echar por otro rumbo. Comenzóles a reprehender ásperamente su mal modo de vivir y bestiales costumbres, de donde vinieron a cobrarle aborrecimiento grande, que es propio del pecador, querer que le hablen a su gusto. “Loquimini nobis placentia” Isai. 30). Decían esotros obstinados. De estos dice el Apóstol que a las verdades cerraran los oídos. “A veritate quidem auditum avertent” (Ad Time 2. cap. 4). Pero a mentirosos cuentos, a lisonjeras palabras los abrirán con presteza. “Ad fábulas autem convertentur”. Que así los comparó bien el profeta al áspid, que cierra las orejas a la voz del encantador, “sunt áspides surda, & obturantes aures suas” (Psalm. 57). Cosa que tengo ponderando yo en lo que le sucedió a Pilatos con Cristo, nuestro Señor: “Quid est veritas?”. Y apenas se lo preguntó, cuando le volvió las espaldas. “Et cum hoc dixisset, iterum exhibit ad Iúdeos” (Ioann, 18). Esperad, no preguntáis que es verdad? No quiero saberlo, ni escucharla quiero, eso es cerrar como áspid los oídos. Quiere el mundo que le paladeen el gusto con lisonja, que no le reprehendan sus vicios, no hay que decir verdades, que luego es aborrecido el que las trata, blanco de murmuraciones, terreno de iras, y objeto de toda mala voluntad. “V. & mihi, mater mea, quare, renuiste me, virum fixe” (Hiere. 15). Quejábase Jeremías de haber nacido por verse enemistado con el pueblo, a causa de decir verdades, que siempre amargan mucho y aún esto alcanzó aquel Cómico en su Andria: “Obsequium amicus, veritas odium parit”. (Inercio). El condescender con el gusto y voluntad de otros, es causa de gearlos, por amigos, mas del decirles las verdades, se sigue tenerlos por enemi-





gos. Como sucedió a nuestro Santo, para cuya seguridad no bastó ser inculpa- ble su vida, ni grande la autoridad, que con ella tenía granjeada, solo porque predicaba verdades como se verá ahora. Teníanle en gran veneración tanto, que le vinieron a llamar Taapac, que quiere decir, hijo del Criador. Tentáronle con riquezas, convidáronle con blanduras, añadieron amenazas, pretendiendo con el se dejase de aquella doctrina y siguiese sus ceremonias y ritos, adorando con ellos al Sol, y honrándole con sacrificios, de lo cual él hizo ningún caso, antes con más instancia, y menos temor perseveró en su predicación y ásperas

reprehensiones, con las cuales los Indios se irritaron de suerte que le empalaron cruelmente, atravesándole por todo el cuerpo una es- taca, que llaman ellos chonta, hecha de Palma, de que estos Indios usan hasta hoy en la guerra, como arma no poco ofensiva, forma de martirio que han usado otras veces, como se ve en el que hicieron al Santo fray Diego Ortíz de la Orden de nuestro Padre San Agustín, que con fervoroso ánimo y santo celo de la propagación del Evan- gelio, se entregó a aquella bárbara Gentilidad, ofreciéndose a la obe- diencia, diciendo lo que el Profeta Isaías: “Ecce ego mitte me” (usa 6.). Entró con ánimo intrépido y empezó en preferencia del Inca a predicar la unidad de Dios, la Encarnación del Verbo, la muerte y resurrección suya y finalmente la resurrección de todos los muertos.

Y pareciéndole a uno de aquellos Capitanes más allegados del Inca, que el Religioso había estado libre en su predicación, alzó la mano y le dio una gran bofetada; como al Profeta Micheas, le dieron otra, predicando verdades en presencia del Rey losafat, rey de Judea y Achab, rey de Samaria. (3 Reg. 22). Al mismo punto que el atrevido e insolente Capitán, le dio el bofetón, se le secó el brazo y con él seco vivió muchos días en la ciudad del Cuz- co, donde todos le conocimos castigado por la justicia de Dios; pero mal enmendado por su mala obstinación. Entre otras cosas de desen- gaño, que nuestro Santo Mártir predicó, en presencia del Inca, fue el persuadirle que aquellos sacrificios que hacían eran al demonio y no al verdadero Dios y se ofreció demostrarlo visiblemente, para que todos lo viesen y puestos todos los Indios alrededor de una piedra, donde se ofrecía el sacrificio al demonio puesto el Santo en oración, pidió a Dios les abriese los ojos, mostrándoles con evidente señal el engaño en que hasta entonces habían vivido. Y oída su oración, de improvviso vieron todos los Indios circunstan- tes, no con pequeña admiración suya, salir al demonio en forma visible entre las llamas y humos del sacrificio. Cosa tan espantosa, que

con su vista cayeron todos por el suelo y continuando su predicación después de muchas molestias y cruelísimos azotes, tras venenosas bebidas que a palos y bofetones le obligaban a beber los Indios de Bilcabamba, habiéndole roto la boca por la barba, y ensartado por ella una sogá, le llevaron arrastrando hasta

el lugar del tormento, donde azotándole segunda vez atado en una cruz, últimamente le empalaron con una chonta, en aborrecimiento, y odio de su doctrina, como si hubiese merecido aquel retorno al predicarles la verdad y haberles puesto a la vista el desengaño, abriéndoles los ojos para que viesan al autor de la mentira. El cuerpo del Santo Mártir está en la ciudad del Cuzco, en un hueco que para el propósito se hizo en el altar mayor de la Iglesia de nuestro Padre San Agustín y en él con gran reverencia colocó las Santas Reliquias el Reverendísimo Señor Don Antonio Raya, Obispo de aquella ciudad, donde por los méritos del Santo Mártir ha obrado nuestro Señor grandes milagros, y no es el menos grande el olor suavísimo de rosas, que de sí despiden los Santos huesos, como convence la experiencia. Más crecido volumen pedían las maravillas de nuestro glorioso Mártir, a quién justísimamente debemos el título de Protomártir de las Indias por haber sido el primero que en testimonio del Evangelio, derramó su sangre en estos Reynos, después que aquellos pasaron los españoles. Yo me contento por ahora con esta breve relación, remitiéndome a mayor volumen que de su historia escribirán otros, que yo me he divertido a ella para mostrar que el martirio de nuestro Santo vino aprendido del que dieron al Santo Discípulo del Redentor, que murió empalado en una chonta, o estaca de Palma, como hemos referido.

Pusieron pues al Santo Discípulo después de muerto, en una balsa y echáronle en la grande laguna de Titicaca, a la providencia no de los vientos, ni de las ondas, sino del cielo. Refieren pues, los antiguos que un recio viento sopló en la popa de la balsa y la llevó como si fuera a vela, y remo, con tanta velocidad que ponía admiración; y así tocó en tierra de Chacamarca, donde ahora es el Desaguadero que antes de este suceso no le había y la abrió con la proa de la balsa, dando suficiente lugar, para que las aguas corriesen, y sobre ellas fue navegando hasta los Aullagas, donde como arriba queda dicho, se hunden las aguas por las entrañas de la tierra, y allí se dice, quedó el Santo cuerpo y que cada año en una de las Pascuas, o por aquel tiempo, se veía allá una muy fresca y verde Palma, aunque otros afirman se ve esta Palma en una isleta que el Desaguadero hace vecina a la costa de Chile, sola y sin que le acompañe otro árbol alguno. Todo es posible a Dios, aunque yo no le vendo por indubitable. Lo que puedo afirmar es haber oído a Indios ancianos de este asiento de Copacabana y en especial a uno, que en el mismo convento sirve hoy día para enseñar a leer y cantar a los muchachos del pueblo, para ministerio del Coro y servicio de la Santa Virgen, el cual dice, que oyó a sus antepasados, que en la misma isla Titicaca, quedaban impresas en las peñas las plantas de los pies del Tunupa, que así llamaban al glorioso Santo, por ser milagroso.

CAPÍTULO IX
DONDE SE TRATA DE LA SANTA CRUZ DE CARABUCO

Ninguno piense que la Cruz y la Virgen son cosas tan desengazadas y tan desavenidas, que en un tratado no caben, pues de más, que San Anselmo dice, que con su hijo estuvo crucificada, y así por haber estado en ella, es tan suya la Cruz, como de su Hijo. Orígenes, Damaceno y Teofilato, de quién se vale Conisio, dicen que a la Virgen debe la Cruz la autoridad que goza, aunque debe a Cristo el merecerla, pues fue ella la primera criatura que en este mundo adoró e hizo reverencia a aquel madero y de ella lo aprendió el resto del mundo. Y en esta conformidad, no será mucho que si en el Calvario le hizo honra, y compañía, en su libro la honre y la acompañe. Y así cuando de la Virgen de Copacabana se deje historia, bien es que de la Santa Cruz de Carabuco, se entreteja en especial, cuando son tan pareadas; que dijo en un Sermón San Cipriano, que para enjugar las lágrimas del mundo a su partida, no había dejado Cristo después de su cuerpo Santísimo, reliquias más eficaces que la Virgen y la Cruz. Y si estas razones generales bastan a juntar estas dos divinas joyas, estas soberanas preseas, la que has de poner a la Virgen de Copacabana, y a la Cruz de Carabuco en este libro, es evidente, pues en la isla Titicaca, en este asiento, en Carabuco, y en la laguna hizo con la Cruz un Discípulo del Señor, sus maravillas mayores. Recreándose la Esposa de las victorias y triunfos que su divino Esposo había de alcanzar de sus enemigos dejándolos a todos vencidos, vino a decir: “Ascendam im palman, & aprehendam fructus eius” (Cant. 7). Subiré sobre la Palma y cogeré de sus frutos. Por la Palma entienden aquí los Doctores la Cruz de Cristo Señor nuestro, que es señal de triunfo, pues mediante ella, el Salvador del mundo, triunfó de todo el poder del infierno. Así lo afirma el Apóstol, donde hablando de Cristo nuestro bien, dice: “Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, & ipsum tulit de medio, affigens illud cruci” (Ad Col. 2). Y no es mucho, que si el Redentor subido en la Cruz venció tan poderosos enemigos, diga la Esposa que fue lo mismo subir Cristo en la Cruz, que subir en la Palma; porque siendo este árbol símbolo de la victoria cada paso de Cruz, fue sin duda, dar un paso más en el vencer: “Ascendam in palmam”, este es el subir, “& aprehendam fructus eius”, este es el vencer. De la Palma se escriben cosas maravillosas, y no es la menor que con el peso que los otros árboles se inclinan y rinden, ella se levanta más y sube prevaleciendo con valentía contra el peso. De esta propiedad habló Aliciatio, Emblema 36:

“Nititur in pondus palma, &
consurgit in arcum Quo magis &
paenitur, hoc magis tollit onus”.

No escondió esta excelencia la Santa Cruz, que cuanto más le quisieron oscurecer, y humillar sus enemigos, edificando sobre el lugar donde la tenían escondida, un Templo de la diosa Venus, procurando con tan pesada carga rendirla, tanto más ella como noble Palma, se levantó hasta hacerse lugar sobre las coronas de los reyes y Emperadores y sobre las Tiaras de los Pontífices; como dijo mi glorioso Padre San Agustín: “Atende glorim crucis, iam in fronte regum cruxilla fixa est, cui inimici insultaverunt”. (Aug. Sup. Psalm. 54). Que es grande consuelo para los fieles, ver sobre las coronas, los abatimientos de su Redentor y baldones. Así en el nuevo mundo del Perú, donde, como ya hemos visto en el capítulo pasado, anduvo uno de los Discípulos de Cristo Nuestro Señor, el cual como otro San Andrés, predicaba al Crucificado, diciendo las excelencias de la Cruz, sus maravillas y el bien que por ella habían alcanzado los hombres, y que de ella huyan los demonios, viendo visiblemente los Indios de Carabuco, de donde tomó nombre la Santa Cruz, de que vamos tratando, que los demonios no daban ya respuesta, sino que antes enmudecían y habían dicho, que mientras no le quitasen la Cruz, que ante sus ojos estaba, no habían de serles propicios, ni menos responderá sus preguntas. Que bien sabe el demonio encubrir lo que le es contrario, y disimular su ningún poder, con algunos rebozos; porque no se conozca su flaqueza. Enmudecía la Santísima Cruz del Santo Discípulo y decía que por tenerla delante no había de responder, y decía bien, y verdad; pero muy encubierta, atribuyendo a su enojo la falta del poder, pues sin duda fue la soberana Cruz, quien puso en perpetuo silencio a todos los parleros ídolos de la Gentilidad, dejándolos condenados a mudez eterna, con su vista. Y así se ha de entender aquel lugar del Real Profeta David, (Psalm. 73): “Confregisti capita draconis”. Porque como dice el glorioso San Juan Crisóstomo, en cualquier parte que los demonios ven la señal de la Santísima Cruz, huyen por haber sido lastimados con ella. “Ubi cumque Daemones signum Sanctae Crucis viderint, terrii fugiunt baculum timentes, quo plagam acceperunt”. Deseoso de no perder sus oráculos, y falsos dioses, los Indios dieron orden como quemar la Cruz que el Santo Discípulo había levantado en Carabuco, y para esto haciéndola tres partes la echaron en una grandísima hoguera, donde pretendían quedase resuelta en ceniza, gastando mucho tiempo, al cabo del cual se hallaron burlados en su intento, porque

no permitió el Señor quedase vencida la señal de sus triunfos ni los idólatras saliesen con su determinación, y así prevaleció el santo madero contra las llamas que encendió la malicia de los bárbaros, sin permitir sobre sí señal o rastro notable del fuego, más de aquel que fue necesario, para que se viese la maravilla del Señor, que habiéndole dado fuego por mucho tiem-



po, solo quedasen las señales del, por el un lado de la Cruz. Y es de ponderar, que con haber estado más de mil y quinientos años enterrado aqueste precioso madero, y tan cerca de la laguna, pues sus olas bañaban muchas veces el lugar, humedeciéndole de ordinario, no se hubiese podrido. En memoria de haber estado aquesta preciosa reliquia allí, tienen cercado el lugar, y puesta una Cruz. Viéndose pues, los Indios idólatras frustrados en su obra, dieron nuevo orden, y fue que junto al mismo pueblo que está cerca a la laguna de que ya hemos tratado, hiciesen una grande fosa, y en ella escondiesen la Cruz, y por borrar su memoria de todo punto, enseñados del demonio, dejaron hecho un albañal el sitio, que tenia sepultada la santa reliquia. Mas el Señor, que no permite para extendidos plazos, semejantes insultos, quiso a su tiempo descubrir la piedra preciosa y el candelero mucho más precioso que el del Templo, pues en aquel ardía luz material y en éste se vio la que lo es de todo el cielo. “Lucerna eius est agnus”, (Apac, 21). La luz del Sol es oscura en el cielo, en comparación de la que allí alumbra, que es la claridad de Dios, y del divino Cordero, que no sin misterio, cuando el Redentor se puso en la Cruz, se apagaron todas las luces del mundo, confesando que en presencia de Cristo puesto en la Cruz, quedaba el Sol eclipsado y sin resplandor la Luna; así como a la vista de claridad más grande, apenas se descubre la menor. Y así tengo por especialísima providencia del cielo, que apercibiese Dios una Cruz en estos Reynos (tan antes de venir a ellos los españoles), para que en ella, como en blandón resplandeciese el Evangelio de Cristo, apagando al Sol, y a la luna, que tenían principalísimo lugar entre los ídolos de esta Gentilidad. Que con este recelo, sin duda, se dio tanta prisa el demonio en esconderla, pareciéndole que cuando Dios, se apercibía del candelero, quedaba empeñado a encender la antorcha. Mas fue ociosa su prevención porque supo nuestro Señor dar una traza muy suya, para descubrir el Santo Madero y el caso sucedió así: Acaeció que el mismo día que la Iglesia celebra fiesta al cuerpo de Cristo Señor Nuestro, ocurriese otra que los Naturales tenían por solemne, conforme los ritos de su Gentilidad; y así pudieron a sombra de nuestra Religión, disimular la suya. Tienen los Indios en costumbre celebrar sus regocijos y fiestas bebiendo hasta embriagarse y siendo así que la embriaguez turba demasiado el juicio, fácilmente se enemistan después de embriagados los que al tiempo del beber se brindaron como amigos. Trabóse pues, entre los Indios una grande pendencia, hasta venir a las manos, y entre otras palabras de injuria que los de una parcialidad decían a los de la otra, los Urinsayas, que son los Indios Naturales de la Provincia, decían por baldón a los Anansayas, que eran forasteros y advenedizos, gente sin tierra ni propia patria, mantenidos por piedad en la suya. Los Anansayas respondieron que ellos habían venido enviados por el Inca a aquella región porque conociéndolos por malos, y poco fieles a su señor natural, gustaban estuviesen sujetos, dándoles también a entender que eran mal inclinados idólatras y hechiceros, y que sus antepasados habían sido los que habían apedreado a un Santo, pretendiendo quemar una Cruz que consigo traía, y que ésta la tenían escondida, gustando

de no manifestarla. Aquestas razones oyeron unos muchachos, que servían al Cura de aquel pueblo, y se las refirieron con curiosidad al Padre Sarmiento (que así se nombraba el que en aquel tiempo era Cura en Carabuco) el que ya con halagos, ya con amenazas, vino a sacar a luz el tesoro escondido, que estaba en tres partes y una plancha de cobre, con que la Cruz estaba ceñida. Aqueste Sacerdote, que era gran siervo de Dios con suma alegría, y la mayor devoción que pudo, armando la Cruz, la puso en una Capilla, poco a poco se fue entibiando la devoción de ella, habiendo por algún tiempo sido muy frecuentada, de fuerte que por espacio de muchos años estuvo sin ningún adorno, como suelen estar otras Cruces, y cada cual cortaba a su gusto rajadas de aquel Santo Madero, hasta que pasando por allí el Reverendísimo señor Don Alonso Ramirez de Vergara, Obispo de los Charcas (en cuyo tiempo la Santa Imagen de Copacabana comenzó a resplandecer en milagros) informado de su origen, y principio, haciendo las averiguaciones, y hallando verdaderamente ser reliquia y Cruz, que alguno de los Discípulos de Cristo había pasado, o hecho en estas partes, la mandó colocar en lugar decente, para que fuese venerada, como el milagro pedía; y así hoy la tienen bien adornada, y se estiman en mucho las Cruces hechas de esta santa madera.

Por mandado de su Señoría, se hizo nueva Inquisición y escrutinio del lugar donde había estado la Santa Cruz de Carabuco, y se buscó con curiosidad el tercer clavo que faltaba de ella, porque la primera vez no habían sacado más que los dos y el tercero que se halló después llevó el señor Obispo a Chquisaca, de donde por su muerte, el Licenciado Alonso Maldonado, presidente que fue de la Real Audiencia de la Plata, hallándose en un escritorio le tomó y llevó consigo a los reinos de España. Los dos están en Carabuco y son de la misma hechura y forma que pintan los de Cristo Señor Nuestro, cavaron para buscar el tercer clavo, casi tres estados. Cuando se dividieron los obispados, dividieron aquesta Santa Cruz, aserrándola por medios, y así se hicieron dos; con la una se quedó el pueblo de Carabuco y con la otra Catedral de los Charcas. Ha obrado nuestro Señor muchas maravillas por ella, y yo vi el poder suyo contra el Demonio, en el suceso que ya conté en el capítulo sexto, de la mujer endemoniada, a cuya causa algunos Indios Aymaraes usan traer consigo una Cruz, para defenderse del enemigo; seguros que con aquella santa señal, están bien defendidos, y amparados. Y porque nó (dice Ruperto) si ella desterró las tinieblas y nos dio la luz, ahuyentando la muerte, llevándonos a la vida y a la salud verdadera del alma. (Lib. 6 de Offi. t. 21. Homil de cruce, & latrone). Y San Crisóstomo la llama causa de la bienaventuranza, la que quita la discordia y establece firmeza repartiendo todos los bienes; y el temerla el demonio y respetarla, es por la afrenta con que se vio crucificado en ella; que crucificarle



en estatua, dijo San Ambrosio, que fue haber puesto una serpiente de metal crucificada, para la salud de los que mordió la serpiente. Y aún a las espaldas de la Cruz de Cristo (dice Paulo Vidnerio) que fue el demonio crucificado. Cristo fue visiblemente puesto en una Cruz, mas el demonio estuvo invisiblemente en ella, conforme aquello que dice San Pablo: "Affigens illud cruci" (Ad Col. 2). Afijándole a la Cruz, y pues tan mal le fue al demonio en la Cruz qué mucho que en los Aymaraes le temiese, y antes en Carabuco la ocultase.

CAPÍTULO X

EN QUE SE PROSIGUE LA MISMA MATERIA. TOCANTE AL SANTO, CUYA FUE LA CRUZ DE CARABUCO

No muy distante de Carabuco, se hallan tres piedras en forma triangular, donde dicen los Indios que ataron al Santo y le dieron muchos azotes, con intento de que muriese en aquel tormento.

Por los años de mil y seiscientos, un Corregidor con celo y pecho Cristiano, deseoso de que se declarasen por extenso las cosas de aquel Santo, hizo parecer ante sí un Cacique del pueblo de Carabuco llamado Don Fernando, el cual según el aspecto y dicho de los que le conocían, fue juzgado por hombre de edad de ciento y veinte años, y sacándolo el corregidor de su pueblo, lo llevó al de los Ancoraymes donde ya con blandura, ya con rigor le pedía declarase todo lo que a sus antepasados había oído, tocante al Santo, cuya era la Cruz de Carabuco, confesó por escrito haberles oído, que muchos años antes que a estas partes pasasen cristianos, habían visto a un hombre de gran estatura, vestido casi al modo y traje de ellos, blanco y zarco que predicaba dando voces, que adorasen un solo Dios reprehendiendo vicios, y que en compañía de cinco o seis indios, que le seguían, traía una Cruz, de la cual se asombraba el enemigo, que de ordinario les había persuadido lo matasen dándoles a entender, que de no hacerlo se les seguiría mucho daño y menoscabo en sus cosas, dejando él de darles sus oráculos, y respuestas, y que ataron al Santo a tres piedras, puestas en triángulo, donde le dieron muchos azotes, e hicieron grandes molestias. Significó aqueste Cacique, haber oído a sus antepasados y en especial a sus deudos, que eran los señores de Carabuco, como habían oído decir, que todas las veces que al Santo tenían en alguna aflicción y tormento, bajaban aves muy vistosas a acompañarle, y que ahora que era cristiano, juzgaba y echaba de ver, que aquellas aves eran Angeles que Dios enviaba para consuelo de su Santo. Dijo también por cosa muy cierta, que aqueste Santo traía consigo una cajuela pequeña, de que hay gran noticia estar escondida en uno de los cerros de Carabuco y también que dejando los Indios atado al Santo a las tres piedras, bajaron hermosísimas aves del cielo, que lo desataron y que el Santo tendiendo su capa sobre las aguas, entró dentro de la laguna, navegando hacia Copacabana, y que pasando por

un totoral, dejó hecha una senda, la cual hasta hoy día veneran los Indios; está en forma de un callejón. Afirman así Indios, como españoles, que la totora de aqueste callejón parece recién cortada, estimanla en mucho los Indios, porque la comen y dicen ser muy dulce, y provechosa para enfermedades, llámanle en su lengua Puquina, Sehego. Esta relación me dio Diego Núñez de Raya, hombre ya mayor y que de ordinario se ha ocupado en hacer oficio de secretario acompañando a los visitadores de doctrinas.

Cuando cayó la ceniza en Arequipa y Camaná, en el puerto de Quilca, en un cerro que está en el propio valle cerca del mar, un hombre que tenía cuidado de una hacienda, viniendo por el mismo valle, junto a este cerro, vio venir de lo alto mucha ceniza, que corría cual caudaloso río, esperó sosegase su corriente, que acabada, halló algo cerca del mismo cerro, una túnica, la cual no se pudo averiguar si era de lana o de algodón, larga y al parecer inconsútil, que más parecía haber sido tejida toda de una pieza, tiraba a color de tornasol, y con ella dos zapatos como sandalias cocidas con el mismo cuero, que parecía de badana blanca y de tres suelas, con mucha curiosidad y en la propia suela, por la parte de adentro el sudor del pie, y era de hombre grande, que puso admiración a todos los que le vieron. A este hombre le cogieron un zapato, y con el otro la túnica se quedó, teniendo a buena dicha llevarla consigo a España (por estar de partida para allá). Reliquias de tan subido valor porque siempre se entendió eran del Santo de quien tratamos. El zapato quedó acá, le tuvo en su poder un Religioso grave de nuestra Señora de la Merced, que en aquella sazón era Comendador de Camaná, y hoy día le tiene Doña María de Valencia, mujer de Marcos Alvarez de Carmona, señora de la Gualca, en Carabeli, en un cofre de plata y me afirmó el sobredicho Padre, que habiéndose puesto a muchos enfermos los sanaba, y que particularmente se vio esta maravilla con el Padre Juan Ángel de Rebolledo, cura de Carabeli y de Atico, que viéndose fatigado de una grave enfermedad, sabiendo que otros sanaban tocando aquel zapato, le dio luego al punto comenzó a mejorar. También el Padre Gaspar de Arroyo, rector del Colegio de la Compañía de Jesús, de la ciudad de La Paz, viniendo con otros muchos religiosos de la misma Compañía, el año de 1619, acompañando al Padre Provincial, Diego Alvarez de Paz, que vino a visitar el Santuario de Nuestra Señora de Copacabana, ofreciéndose tratar de la Cruz de Carabuco; certificó en presencia de todos, haber visto el zapato y dijo ser tan levantado el olor y fragancia que de sí despedía, que dejaba atrás cualquier otro buen olor. No solo hermosea Dios los pies de sus Predicadores, dándoles primor gracioso, con que roben la vista, como dice Isaías: “*Quam pulcri super montes pedes anunciantis, & pradicantis pacem*” (Isai. c. 52). Los pies de los mensajeros de Dios, que son sus Predicadores, que anuncian y predicán la paz, son hermosos y hasta en su calzado asientan primores divinos, que a sus ojos enamoran; que a esto alude el Apóstol San Pablo en la Epístola a los Romanos: “*Quam speciosi pedes Evangelizantium pacem*” (Ad Ro. 10). O que hermosos son los pies de

los que anuncian la paz. Y en la Epístola a los Efesios: “Calceati pedes in praeparationem Evangelii pacis” (Ad ef. 6). Como si dijera la hermosura de los pies de los Predicadores Evangélicos, consiste en que estén calzados. Antiguamente casi para todas las acciones se descalzaban los pies, para comer, cuando entraban a orar en los Templos y para adorar los Reyes; pero aquí se pide, y alaba, que vengan calzados, y es para darnos a entender la presteza, y cuidado que era necesario tener para ir a dar las buenas nuevas al mundo, de la paz que habían de publicar en el Evangelio, predicándole por todo el mundo, para lo cual era menester llevar bien el calzado en los pies, para que ni la espina los lastimase, ni las víboras los picasen, ni la piedra los desolase, ni los abrasase la arena. Finalmente fuesen preparados contra todos los impedimentos que pudiesen retardarlos en el camino. Tiénese por cosa probable que aquesta túnica, y zapatos eran de aquél hombre, que según los Indios han afirmado por haberlo oído decir a sus antepasados, predicaba al verdadero Dios, reprehendiéndoles sus vicios, y maldades, y que dejasen de idolatrías, y es tradición, que tuvo su morada en una cueva no muy distante de Carabuco.



En la Provincia de los Chachapoyas, está a cinco leguas de ella un pueblo que se nombra San Antonio de Conilap, Corregimiento de los Chillaos, y dos leguas de este pueblo, hay una losa grande, de estado y medio de alto, y seis o siete varas de ancho; es blanca y al parecer labrada a mano, encima están las estampas de dos pies juntos de a catorce puntos cada uno y parece que el que allí los señaló debió de hincar las rodillas porque están adelante de los pies dos concavidades, y en cada una de ellas cabe una rodilla. Al lado de estas señales está señalado también un bordón, que debe de tener dos varas de largo, con sus ñudos, de la misma suerte de los que hoy día solemos ver. Dióse (al Ilustrísimo Señor Arzobispo Don Toribio

Alfonso Mogrovejo, de santa memoria) noticia de aquesta loza, y fue en persona a verla, y habiendo llegado y puéstose encima, vistas las señales de los pies, rodillas y bordón, se arrodilló y dio gracias a Dios, a cuya imitación hicieron lo mismo sus criados y todos los demás que le acompañaban. Después de haberse informado su Señoría, de Indios ancianos, que por tradición habían tenido noticia de un hombre vestido a manera de Hermitaño o peregrino, la barba larga, y taheña, alto de cuerpo, blanco y zarco, que les predicaba y que no dormía. Tuvo propósito el Santo Arzobispo, de llevar la loza al pueblo de Conila y asegurándole, que era menester grandísima fuerza de Indios para ello, porque Collatupa, gobernador de Guascaranga, que entró a conquistar, y pacificar aquella Provincia, propuso de sacar aquella loza, y llevarla con gran fuerza de Indios, y por ningún caso pudieron moverla. Y el bárbaro mandó a los Indios, la adorasen al tiempo que saliese el Sol. De este caso depusieron seis Indios de armas de noventa y seis años. Y movido con esta noticia, mandó

el señor Arzobispo levantar una capilla que rodease la loza y la tuviese con decencia. Hallóse a todo esto el Capitán Juan de Castillo Rengifo, Teniente General de esta Provincia de Omasuyo, que en aquella sazón era Protector de los Indios, en la ciudad de Chachapoyas, y sus Provincias, persona fidedigna, a quién se debe dar crédito con satisfacción y por tenerla yo de su verdad, refiero en este libro sus relaciones.

Lo que a personas curiosas he oído platicar, tocante a este glorioso Santo, cuyo nombre, aún de cierto no se sabe, es haber venido a estas partes del Perú, por el Brasil, Paraguay y Tucumán, y el Reverendísimo señor Don Lorenzo de Grado, Obispo que fue del Paraguay y ahora lo es del Cuzco, pasando el año de mil y seiscientos y diez y nueve, por este Santuario de Copacabana, ofreciéndose tratar de la Santísima Cruz de Carabuco, vino a decir, que en todo aquel Obispado del Paraguay, hay grandes barruntos de haber pasado por el uno de los Discípulos del Redentor. De aquí se dice haber pasado a Chachapoyas y de ahí a los valles de Trujillo, y después a los de Cañete, y de **ésto hay grandes conjeturas** porque en Calango, doctrina de los Padres del Orden del glorioso Padre y Patriarca Santo Domingo, se ve hoy día una gran loza, y en ella impresos los pies de un hombre de gran estatura y unos caracteres en lengua que debe de ser griega, o hebrea, porque no han acertado personas, que los han visto, con lo que quieren decir. Los Indios viejos (tratando de aquellos caracteres, y de los pies estampados en la loza) dicen que un hombre de grande estatura, blanco, zarco y de barba crecida, para darles a entender y comprobar que el Dios a quien él predicaba era poderoso, y su ley verdadera, con el dedo había hecho en la peña aquellas señales; esto aunque yo no lo he visto, helo oído a Religiosos de mucho crédito, y autoridad, que han visto lo que se refiere.

Cuando el Virrey Don Francisco de Toledo, subió a visitar la tierra de arriba, le mostraron junto al Collao, otra loza en que estaba esculpida una figura de un hombre de grave aspecto, con una manera de sombrero en la cabeza y le dijeron que era la figura de un hombre, que en tiempos pasados habían visto en estas partes y como entonces no había tanta noticia del Santo Discípulo, entendiéndolo ser ídolo, la debieron deshacer. Este glorioso Santo Discípulo vino al Collao, en donde como ya hemos visto, dio fin glorioso a sus días, en la isla Titicaca, viniendo a parar su cuerpo en el Desaguadero de la grande laguna.

CAPÍTULO XI

DE OTRAS COSAS NOTABLES CONCERNIENTES AL SANTO, CUYA FUE LA CRUZ DE CARABUCO

La falta que los Indios han tenido de letras y caracteres ha hecho lastimoso estrago en los acaecimientos de su antigüedad, que si bien es así usaban de

unos hilos o cordeles de varios colores (que ellos nombran quipus), donde con cierto número de ñudos que hacían, dejaban algunas noticias de sus hechos, con todo era tan dificultoso de dar a entender el orden de sus cuentas, que los más diestros, muchas veces, se dan por vencidos de la dificultad. Y la tradición también es corta entre estos Naturales, como también lo fuera en todas las naciones del mundo a faltarles la escritura. Porque los varios acaecimientos sucedidos por extendidas edades, y tiempos, es dificultoso (sino quiero decir imposible) que estén seguros en la memoria de un hombre, para trasladarlos después, sin menoscabo en toda la posteridad. Concedo que cual y cual suceso notable podrá transferirse de unas en otras memorias; y así juzgo, que la venida de nuestro Santo a estos Reynos, y Provincias de las Indios Occidentales, fue misterioso en la opinión de los Indios, porque a menos que siendo en el crédito de ellos admirable y de estruendo, no quedara tan firme su noticia. El año de mil y quinientos y noventa y nueve, acaeció que Cristóbal Muñoz Sebada, hombre de verdad y conocido por su proceder en estos Reynos, quiso informarse de un Indio anciano, si tenía alguna noticia (derivada en él de sus mayores) de la venida del Santo Discípulo, que plantó la Santa Cruz de Carabuco, e hizo la pesquisa interviniendo a hacerla Diego Rubio Maldonado, que por ser criollo era más ladino en el lenguaje. Respondió el Indio, que por tradición antigua, era cosa entre ellos muy asentada, y segura, que al distrito de Sicasica había venido un santo varón venerable en la presencia, grande en la estatura de barba crecida, blanco y zarco, que predicó la ley de Dios, muy conforme a la que ahora guardan los cristianos, y que comprobaba su doctrina con milagros y maravillas grandes, y puso mucha fuerza el santo, en persuadir a los Indios edificasen una Iglesia dedicada al verdadero Dios, donde su nombre fuese venerado, y ellos le adorasen con especial religión y culto, determináronse a la fábrica los Indios y teniendo ya junto para techar el templo muchísimo icho (que es el esparto de la tierra) una noche cuando el santo reposaba, y por no tener para su reposo otro lecho que aquel esparto, dormía sobre él, les apareció el demonio con semblante feroz y terrible, reprehendiéndoles la facilidad en dar crédito a un hombre advenedizo y les mandó parasen en la obra de la Iglesia y por que el esparto aprovechase en su servicio, les mandó que con él quemasen luego al santísimo Discípulo del Redentor, lucieronlo así los Indios y ardiendo el icho con grandísima fuerza, salió el santo del fuego paso a paso, sin lesión alguna, no mostró sobresalto o temor, no con pequeño asombro de aquellos bárbaros, que arrepentidos de haber hecho cosa tan mala, quedaron muy confusos. Contó más el Indio que otro día siguiente, después de aquel incendio, yendo los Indios con el santo a una estancia, el demonio por atemorizarlos, armó un nublado espeso, con gran fuerza de truenos y rayos, de manera que recogió los Indios con su espanto a unas peñas. El santo los aseguró de todo mal suceso, y que se estuviesen quedos, y acabadas estas razones, puesto de rodillas, levantadas las manos al cielo, hizo una profunda oración, que luego serenó los aires; porque nunca Dios es sordo a los ruegos de sus justos, como

nos dan testimonio las divinas letras. Josué tuvo poder para mandar el Sol, y hacerle parar en su carrera, como si tuviera en la mano las riendas de toda la máquina del mundo. “Sol ne movearis contra Gabaon” (Ios. c. 10). Elías guardó las llaves de las puertas del cielo y las cerró para que no lloviese, por todo el tiempo que quiso, y las abrió después, cuando gustó de que cayese la deseada lluvia, y diese frutos. (3 Reg. 17). Moisés ató las manos a Dios por la oración y si no se opusiera, como muro, delante del Pueblo a resistir la ira de Dios, de todo punto perecieran. Así lo dio a entender el Real Profeta David: “Si non Moisés electus eius stesisset in confractioe» (Psalm. 105). Porque la palabra “Stare en la Sagrada Escritura, significa salir a la defensa y ponerse a reparar los golpes de aquel que pretende ofender. Quedaron los Indios muy contentos y predicándoles el Santo, la ley de Dios los exhortaba a que no tuviesen concubinas, mas de sola una mujer; afeándoles el vicio de la embriaguez y sensualidad. Por estas causas le vinieron a aborrecer, teniendo en poco su doctrina, de modo que viendo el glorioso Santo, el poco fruto que en aquella gente hacía, se fue a Carabuco, donde había dejado la Cruz, que hoy día tienen. Y prosiguiendo adelante el Indio con sus noticias, dijo que no había sido de todo punto ociosa la predicación del Santo, por que convirtió en aquella Provincia cinco o seis Indios, que después perdieron sus vidas en defensa de la Fe que recibieron, siendo Mártires de Jesucristo, y martirizados por los Indios de Carabuco. Y que reprehendiéndoles el Santo, el mal que habían hecho, indignados ellos, le habían ligado de pies y manos y atándole a una balsa le entregaron a las aguas de la laguna. Y que vieron a una señora muy hermosa, que puesta sobre la balsa, libró al Santo, y le acompañó navegando con él. Y claro está que el Dios, que al rebelde pueblo dio paso enjuto entre las Bermejas aguas, sembrando y matizando el suelo de varias, y diversas flores, dividiendo el mar, para dar por él, no solo paso llano, pero también vergeles de suma recreación, por donde pudiese su pueblo pasar pisando flores de suerte que en la parte donde se les representaba mayor imposibilidad, descubrieran más regalados entretenimientos, como lo dice el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría: “Ex aqua, qae ante erat, terra árida apparuit, & in mari rubro vía sine impedimento, & campus germinans de profundo nimio: per quem omnis natio transivit, tegebatur tua manu” (Sapien. 19). Que tan grandes favores hace a un alma, que halla descanso en los rigores de la penitencia, teniéndola por sabrosa y llevadera; porque sabe Dios muy bien allanar todas sus barrancas, y dificultades, como las allanó a los hijos de Israel en el mar Bermejo; y al Apóstol San Pedro, en las líquidas ondas del mar, no negaría esta merced a quien por él padecía, pues tiene hipotecado su favor en cumplimiento de su palabra, a los que la enseñaren: “Cum ipso sum in tribulatione, eripiam eum, & glorificabo eum”. (Psalm. 90). Con él estoy en la tribulación, yo le li-



braré y le glorificaré. Los Indios deseosos de ver aquel milagro, unos por una parte, y otros por otra, en sus balsas, iban siguiendo al Santo y vieron que por el Desaguadero había entrado la balsa con la Señora, y el Santo, y nunca más le tomaron a ver. Y es tradición muy cierta, y bien recibida entre estos Naturales y refiérela un hombre curioso en inquirir cosas antiguas del Perú, que el Santo Discípulo atravesó toda la laguna y llegó a Puno, donde halló la gente en una gran fiesta y les predicó. Hizo allí su habitación por algunos días, en una cueva, que hasta hoy día los Indios la conocen y la llaman cueva del Santo. En Carabuco tenía cerca de su choza una fuente, que hoy la veneran los Indios y en sus enfermedades beben de aquella agua, concediendo la Majestad Divina, que sean libres de sus achaques y enfermedades. Esto depuso aquel Indio, y otros compañeros suyos, que a la relación estaban presentes, contestando que así lo habían oído a sus antepasados, y por consejo del demonio habían entrado la Cruz, porque había dicho que mientras no lo hiciesen, había de estar sordo a sus ruegos y sin habla para responderles. Bien pudieron haber sucedido estas cosas en diversos tiempos, porque deseoso el Santo del bien de aquellas almas, no dejaría de ponerse a todos riesgos por convertirlas, acudiendo de ordinario a predicarles. Pudo ser, que desde Carabuco (libre de las manos de estos) fuese a parar a la isla Titicaca, donde le aguardaba la corona del martirio, como hemos visto y probado en otra parte.

El Licenciado Bernabé Sedeño, Cura y Beneficiado de Carabuco, gran indagador de las antigüedades de este Reyno, tratando de esta Cruz, y del Santo cuya era, me vino a decir, había hallado, que el nombre de Tunupa, de que hoy usan los Indios nombrando al Santo milagroso, que habían visto sus antepasados, era verdaderamente nombre de un gran Mago, o hechicero contrario del Santo. Y que así como San Pedro tuvo por opuesto y émulo a Simón Mago, y Santiago a Hermógenes; así este Santo Discípulo tenía por adversario a Tunupa, y que los Indios confundían el nombre, acomodándole al Santo, por haber visto hacer tantas maravillas, sino es, que habiéndolo reducido, tomase de él el nombre, como Saulo el de Sergio Paulo, a quién convirtió.

Es pública voz y fama, y lenguaje ordinario, que corre entre las personas que por allí residen, que en una isleta no muy distante de Carabuco, en una peña están escritas unas letras que no se entendían, y al Corregidor de aquel partido, Don Diego Campi, vi con ánimo y determinación de ir a la isla y hacer sacar las letras, permitirá el Señor, que algún día, para honra y gloria suya y de su Santo, se declaren más estos ocultos sucesos; que como estos Indios carecieron de todo género de letras (como ya dije) no hay que espantar, que cosas tan dignas de memoria estén perdidas. Por hacer yo algún servicio al Señor, he puesto particular estudio en el escrutinio de lo que aquí he puesto, para que otros se animen y no dejen pasar en silencio lo que alcanzaren saber. En Carabuco, por ser la gente de ella muy dada a la idolatría, se dice por cosa muy indubitable, que el Santo puso la Cruz en el lugar donde los hechiceros solían hacer sus

juntas; y todo el tiempo que estuvo puesta allí, enmudecieron los demonios, cesando de dar respuestas; de aquí tomaron motivo los idólatras, de lanzar la Cruz en la laguna, la cual por ser de madera tan pesada y tener tal propiedad, que hasta una muy pequeña raja, con el agua se hunde (aunque en presencia de ellos se le iba al fondo), por la mañana la hallaban sobre el agua, intentaron viendo ésto, quemarla, y gastaron mucha leña y tiempo y no pudiendo salir con lo que pretendían, la enterraron como hemos visto. Hanse visto grandes milagros y maravillas que el Señor ha obrado por medio de esta soberana Cruz, y no es la menor la que sucedió casi en los principios de su dichosa invención con una India natural del mismo pueblo, que traía una partícula de ella, y un Indio compatriota suyo hallándola sola en lugar algo distante de su pueblo, quiso hacerle fuerza, la cual resistió todo lo posible, mas viendo que no podía huirle, por obligarle a que la dejase le vino a decir que mirase que traía consigo reliquia de la Santa Cruz de Carabuco.

El Indio como bárbaro y sensual, no hizo caso de sus razones, instando en su torpeza y siendo día claro y sereno, cayó un rayo y le mató; dejando libre y sin lesión a la India, que procuraba huir la ofensa. Antes que se descubriera aquella preciosa Cruz, era el pueblo de Carabuco muy infestado de rayos y después acá han cesado, que conocidamente han echado de verlo, los moradores del pueblo, que los ha librado de tan crueles tempestades, por medio de aquella bendita reliquia y así todas sus esperanzas tienen puestas en ella, después de Dios y es muy de ponderar, que después que tienen la Cruz colocada y puesta en público, para que los fieles la veneren, no se halla haber tenido año malo de comidas, sucediéndoles a éstos, casi lo mismo que a los de Copacabana, que sus sementeras son siempre bien logradas y ésta es la causa que estos pueblos son los más enteros de todo el Collao, respecto de los otros, que la hambre los suele obligar a dejar su propia patria.

Los años pasados, queriendo celebrar Bernabé Sedeño (de quién se ha hecho mención atrás), la fiesta del glorioso S. Bernabé, un muchacho de los suyos que buscaba pájaros, puso fuego a un cuarto de su vivienda, que tenía siete piezas, y llegando el fuego al cuarto en que tenía su cama, no teniendo otro remedio, sacó una Cruz del palo de Carabuco y la puso en el principio del cuarto y estando contiguo con él en que vivía, quiso Dios por virtud de la Santa Cruz, no pasase de allí el fuego.

La razón que halló de haber dejado el Santo la Cruz en el pueblo de Carabuco, es porque en aquel tiempo fue una de las poderosas repúblicas que habitaban la ribera de la laguna, pues aún hoy conocen términos suyos más de treinta leguas, ahora es pueblo pequeño porque de su soberbia nació que los domase el Inca con muerte de casi todos, aunque más a la mano está el justo castigo de



su crueldad, y a la muerte del justo atribuiría yo su menoscabo, que hasta en destruir ciudades por su muerte trae señales de verdadero Discípulo.

El año de 1618, se amotinaron en el Desaguadero de Chacamarca unos Indios Uros, comunmente llamados Ocrusumas, hicieron algunos daños en las Provincias comarcanas, porque de los españoles, que ocultamente habían muerto, tenían muchas armas, y a su castigo salió don Pedro Xarava. Gobernador de Chucuito, y llevó consigo muchos españoles entre los cuales iba un mozo de edad de veinte años, hijo de Francisco Gómez, cirujano de Juli, el cual hacía oficio de paje de armas, y llevaba una medida de Nuestra Señora de Copacabana, con una Cruz de Carabuco al cuello, y como había dormido vestido algunas noches, quiso nuestro Señor, que la Cruz y la medida se le pusiesen a las espaldas, saltando este en la isla, que era el fuerte de los Indios, el arcabucero que iba tras él, disparó su escopeta con una bala de cadena, y al balance que hizo la balsa, bajó la mano e hirió al mozo por las espaldas; mas resurtiendo hacia arriba le pasó el sombrero por dos partes, de modo que salió por la copa de él, y las dos balas quedaron señaladas en las espaldas, y la cadena quedó asida en la ropilla del mozo, como manifestando el caso milagroso que así a la Virgen, como a la Santa Cruz de Carabuco se atribuyó. En hacimiento de gracias, acudió aqueste soldado a esta Santa Casa de Copacabana, y vimos las señales referidas, que causaba admiración el verlas. Luego sucesivamente, el año 1619 por el mes de octubre vino a este Santuario en romería, un hombre llamado Pedro de Landa y con gran devoción (habiendo tocado unas medidas de nuestra Señora) se puso una al cuello, enlazando en ella una Cruz de Carabuco; porque con tales reliquias se aseguraba de todo mal suceso, y no le salió mentida la confianza, porque yendo a Chucuito entre Juli e Hilavi, se levantó una gran tempestad de truenos y rayos, no cesaba él en pronunciar el Santo nombre de Nuestra Señora de Copacabana, acordándose de la Reliquia Santa que llevaba de la Cruz de Carabuco; lo mismo hacía un mozo que iba en su compañía, al cual en aquella tormenta oyó decir: Señor, que me ha descalabrado el rayo, volviendo los ojos y poniéndolos en el mozo le vio la frente desollada y luego en el mismo instante el mozo le dijo: también señor, veo la ropilla de v.m. pasada del rayo por muchas partes, y halló ser así y que las ancas de la mula en que iba, estaban todas desolladas; viendo esta maravilla a voces y con gran ternura publicaba las maravillas de la Virgen de Copacabana y las excelencias de la Cruz de Carabuco, confesando que por tener aquellas preciosas reliquias, le había Dios librado de tan manifiestos peligros. Yo doy fe, que vi la ropilla de este hombre, en Chucuito, pasada por muchas partes, y comuniqué con el mismo, fue este caso muy público.

